

La multitudinaria respuesta del voto

Guillermo Campero

Las modernas ideologías del régimen militar apostaron, entre varias otras frágiles tesis, a un cuarteto de supuestos sobre los cuales se apoyaría un posible triunfo de la opción *si* en el plebiscito. Estos eran los siguientes:

a) Los llamados "polos de desarrollo" (agroexportador, minero, forestal, pesquero, etcétera) producirían un respaldo al gobierno, como consecuencia de los beneficios que, en las zonas donde se daban, estarían experimentando sus habitantes.

b) Los pobres urbanos, supuestamente objeto de privilegios de atención a través de los programas focalizados en la "extrema pobreza" (subsidios) se manifestarían mayoritariamente en apoyo del régimen militar.

c) Las mujeres, agradecidas de la paz social y depositarias de las tradiciones del orden serían también fervorosas militantes del *si*.

d) Los sectores medios y altos, privilegiadamente integrados a las ventajas de la modernización y del orden liberal, responderían naturalmente en forma masiva al llamado a "proyectar" el sistema hasta casi el año 2.000.

Grande debe haber sido su extrañeza y profunda su congoja cuando los resultados electorales destruyeron, en un sólo día, sus certezas y las hicieron chocar de frente con la realidad de un país que no conocían. Cuán herida estará su arrogancia científica, en la que se apoyaron para descalificar lo que se oía y se sabía en todas partes: que estaban derrotados. Ahora los gasfiteros son ellos.

Véamos.

Ventajas comparativas en desventaja

a) El *si* perdió en diez de las trece regiones del país; en dos logró sólo igualar al *no* (X y XI) y apenas obtuvo victoria en una de ellas (IX Región). De modo que el argumento de los "polos de desarrollo" se vino al suelo. Ejemplo notable es la III Región, sede de importantes exportaciones de uva, mineras y de productos del mar, zona de auge según el gobierno. Allí el *no* obtuvo el 55% de los votos y el *si* el 42%. Lo mismo ocurrió en la zona central del país (VI, VII y VIII Regiones) poblada de "packings" y moder-

nas instalaciones agroexportadoras. El gobierno apenas consiguió un empate electoral en la región donde se ubica la Carretera Austral (XI Región), proyecto abundantemente publicitado como una de las modernizaciones de estos años.

Lo que el análisis oficialista no consideró fue que la gente no percibió esas modernizaciones como algo que le pertenecía y de las cuales estuviera obteniendo beneficios de la naturaleza que la propaganda intentaba mostrar. En efecto, los trabajadores temporeros de la fruta, la madera o los de las explotaciones mineras observaban el enriquecimiento del empresario, sus estilos transnacionales de vida y los comparaban con los bajos salarios y la baja calidad de existencia que a ellos les tocaba. Pero también estuvo presente la historia autoritaria y represiva que antecedió y sirvió de contexto a tales modernizaciones. La vida social en las regiones del "boom" exportador no se inició con ese proceso, sino que estuvo marcada por la experiencia de destrucción de las organizaciones sociales, en particular las campesinas, por el control casi feudal de los al-

caldes y por la irritante arrogancia de los gobernantes y los caciques locales. La desarticulación, en el caso del mundo rural, en muchas partes no fue sólo el resultado de la recomposición capitalista de la agricultura, sino también consecuencia de la violencia social y política que siguió al golpe militar. No hubo, por tanto, creación de una "cultura" de modernización y una vivencia positiva de sus resultados, sino más bien la conciencia de un proceso que mostraba ciertas evidencias técnicas y económicas de progreso, pero se sustentaba sobre la enajenación de los derechos ciudadanos, donde los trabajadores eran "ventajas comparativas" y no miembros de un esfuerzo común de desarrollo.

Insobornable dignidad ciudadana

b) Los pobladores, habitantes de la periferia empobrecida de las ciudades, particularmente en Santiago, habían ya manifestado su oposición al gobierno en las "protestas" de 1983-1985. Las poblaciones fueron el lugar donde se concentró la desocupación urbana,

que en los años críticos llegó a doblar el promedio del gran Santiago, afectando particularmente a los jóvenes y las mujeres. Las poblaciones fueron también las zonas donde la represión policial actuó con mayor fuerza, golpeando la dignidad de las personas y sus hogares. La segregación territorial de la ciudad de Santiago, en que se agrupó a los pobres en las comunas del sur oriente, área especialmente desprovista de infraestructura, produjo verdaderos ghettos de pobreza, hecho agravado por la desarticulación de las comunidades poblacionales de origen, debido a que se "relocalizó" a las familias en distintos lugares de llegada para evitar la supervivencia de sus organizaciones.

En ese clima, el gobierno militar desarrolló su política social de subsidios de salud, de atención escolar, de construcción de viviendas, entre otras cosas. Como si estos bienes, entregados desde una estructura municipal jerárquica y tecnocrática, sólo por resolver necesidades urgentes de los pobladores, hicieran olvidar que, en el lenguaje de los pobres chilenos, constituyeron, por mucho tiempo, derechos ciudadanos.

El voto *sí* fue aplastantemente minoritario en todas las comunas pobres del gran Santiago. En aquellas donde el gobierno había hecho los mayores esfuerzos por conquistar votos mediante beneficios le fue particularmente mal. Comunas como Cerro Navia dieron un 65% al *no* y un 33% al *sí*. Lo mismo ocurrió en Lo Prado (64% contra 33%), en San Ramón (64% contra 33%), en Peñalolén (63% contra 35%), en La Florida (62% contra 38%) y así por delante. Fue pues el voto popular el que sostuvo la victoria del *no*. Esto cuestiona, incluso, la propia visión de algunos analistas opositores, que interpretaron, a la luz de las encuestas, que franjas no poco importantes de los pobladores más necesitados responderían positivamente,

por temor, a la demanda de votos del régimen. Cuestiona también la idea que para los pobres la democracia podía ser un bien ajeno y abstracto ante la evidencia de sus necesidades. Notable resulta al respecto el comportamiento de las mujeres pobladoras. En Peñalolén, La Granja, Lo Prado, Cerro Navia, San Ramón, La Pintana, el voto femenino por el *no* superó al voto femenino *sí*. No hubo, por tanto conductas tan conservadoras de las mujeres del mundo popular como se esperaba, si bien la composición del voto *sí* muestra más mujeres que hombres en esas mismas comunas.

El plebiscito es, por tanto, concluyente en este aspecto: los pobres se pronunciaron abrumadoramente en contra del régimen; más allá de sus necesidades notorias, por su dignidad ciudadana.

Más bien semejantes

c) En once de las veintitrés comunas del Gran Santiago, las mujeres que votaron *no* fueron más que los hombres que se inclinaron por esa opción (Las Condes, Providencia, La Reina, Nuñoa, Maipú, Macul, Santiago, La Florida, Estación Central, San Miguel, San Joaquín). De éstas, dos son de clase media y alta, seis de clase media y media baja y tres básicamente populares. En casi todas las comunas (21 de 23) hubo más votos por el *no* que por el *sí* entre las mujeres (la excepción son las comunas más ricas de Las Condes y Providencia). Las diferencias mayores, entre mujeres, se encuentran en las comunas populares. Sin embargo, es notable que en las comunas acomodadas de Las Condes y Providencia el voto *no* haya sido más de mujeres que de hombres, cuando se suponía que en esas áreas el peso del mensaje sobre el orden y la seguridad del gobierno, *versus* "el caos" de la oposición tendría importante acogida entre ellas.

De modo que la votación femenina se condujo básicamente con un padrón más bien semejante al de los hombres; es decir, de rechazo al régimen y, además, dio una sorpresa en las comunas altas (conservadoras) y cerró el paso a las interpretaciones acerca del factor temor en la mujer popular.

La insoportable vulgaridad

d) el mundo de las ventajas del "orden liberal", es decir, especialmente aquel de Las Condes y Providencia, en el caso de Santiago, fue el único donde el voto *sí* encontró acogida mayoritaria. Las Condes dio 59% contra 40% y Providencia 57% contra 42%. Con todo, mucha gente le volvió la espalda. Resta por conocer con más profundidad por qué ocurrió esto. Pero puede adelantarse alguna observación: el orden liberal y su publicitada modernización nunca pudieron ser separados de su origen, la dictadura. Para muchos habitantes de la modernidad en esos enclaves de buen pasar, Pinochet y su significado de violencia constituyeron, cada vez más, un obstáculo para sentirse moralmente cómodos. Tantos de ellos hubieran preferido vestir su discurso sólo con las ventajas de las nuevas tecnologías, de los mercados internacionales abiertos, de las sofisticadas comunicaciones o de los abarrotados *supermarkets*. Pero era imposible, todo estaba teñido de autocracia, de soberbia militar, carecía de transparencia ciudadana. Después de todo, el hombre educado no puede soportar la vulgaridad.

Al mismo tiempo, parte no pequeña de nuestra burguesía intelectual y profesional vive en esas zonas. Este sector ha sido siempre, mayoritariamente, un mundo con vocación democrática; la idea liberal, transformada en un concepto vacío de sentido político y abusivamente usado para de-

ANTICIPO

Aproximadamente a las 20:15 horas, el secretario ejecutivo del Comando del No anticipa que, sobre un total escrutado de 188.327 votos, las preferencias por el *no* representan el 40,5% y por el *sí* el 57,4%.

De la información radiofónica, 5 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

signar la ausencia de límites para enriquecerse o para anular toda liberación de los grupos sociales y sus organizaciones, no podía sino volverlos contra quienes destruían una noción tan plena de significado progresista.

También el mundo católico de clase media alta hacía tiempo que estaba permeado por la convocatoria humanista de la Iglesia chilena. Los integristas conservadores encontraron ahí obstáculos para consolidar la absurda idea de que Pinochet representaba la salvación del mundo occidental y cristiano. Tamaña herejía no era posible venderla a un tipo de personas formadas en el catolicismo social desde la época de monseñor Manuel Larraín, sino antes. Así es que también se equivocaron los ideólogos del régimen cuando supusieron que el católico de la parte alta de la pirámide social se convertiría, sin mediaciones morales, en un cruzado de Atila disfrazado de rey Arturo.

Invención sin contenido

Concluamos brevemente, Chile ha votado mayoritariamente *no*. Ahora, como en tantas otras ocasiones, algunos artefactos de sofisticada explicación del comportamiento social se equivocaron. En este caso, aquellos inventados por el genio de Lavín y Bardón, entre otros. Estamos en presencia de un voto básicamente político, a favor de la democracia como forma de gobierno; la gente votó contra una dictadura y no se obnubiló con el "país ganador", invención de escritorio, desprovista de contenido moral y social. (X)

Plebiscito: reacciones en el exterior

Heraldo Muñoz

El plebiscito del 5 de octubre suscitó el más alto interés y preocupación en el exterior. Chile apareció, y sigue apareciendo, en las primeras páginas y noticias de medios de comunicación de los más variados países: desde EBUU a Noruega; desde Argentina hasta la RFA.

La reacción internacional ante el triunfo del *no* fue de gran alegría por el pueblo chileno y por el paso importante que representa en el camino a la democracia. Las declaraciones explícitas de apoyo al pueblo chileno han venido de Congresos, fuerzas políticas y sociales e incluso gobiernos extranjeros. Han sido tantas y tan variadas estas expresiones oficiales que el gobierno chileno habría tenido que emitir decenas de notas de protesta ante esos gobiernos por "intervención en los asuntos internos del país".

La esperanza existente en el mundo es que Chile en adelante podrá reintegrarse a la comunidad democrática de naciones. El anuncio de la Comunidad Económica Europea de que el Chile democrático contará con el decidido apoyo de sus países miembros fue un anticipo importante. Pese a que no hay que abrigar un optimismo excesivo, ciertamente con la democracia se abrirán puertas para nuestro país que hasta ahora han estado cerradas. Por otra parte, en América

Latina el triunfo del *no* ha debilitado a los nostálgicos del militarismo. Por ello, los gobernantes democráticos de la región se sienten doblemente felices por la victoria del *no*: por el futuro de los chilenos, y por el impacto político en sus propios países. Por último, si el gobierno de Pinochet estaba aislado antes del plebiscito, ahora lo está todavía más. Pinochet es un gobernante derrotado y, naturalmente, los gobiernos extranjeros harán lo posible por evitar aparecer demasiado vinculados a un régimen derrotado y saliente, buscando, en cambio, profundizar sus contactos con la oposición. Los signos públicos de los gobiernos extranjeros estarán orientados a subrayar su presencia en el futuro democrático de Chile. Prueba de ello es el anuncio de Italia, horas después del triunfo del *no* de que nombrará un embajador en Santiago, y la invitación extendida a destacados dirigentes opositores para concurrir al encuentro del Grupo de los Ocho de los presidentes latinoamericanos, reunido recientemente en Montevideo.

En resumen, la comunidad internacional entiende que Pinochet ya está siendo parte del pasado, y que ahora es necesario vincularse progresivamente con un Chile nuevo, democrático y plenamente soberano. (X)

PREARIO

"Sólo pasadas las 21:45 horas el subsecretario Cardemil apareció nuevamente [...]"

La cifra de mesas significaba sólo un 3,04% del total nacional.

Este recuento entregó para el *sí* un volumen de 95.668 preferencias, correspondientes a 51,30% y, para el *no*, 86.746 votos, correspondientes a un 46,51%"

La Epoca, 6 de octubre de 1988, Santiago de Chile.

MAS CONFIABLE

"Al promediar las 22 horas de anoche el Comando Nacional por el No [...] entregó la segunda evaluación del día [...]"

El cómputo presentado por Genaro Arriagada, sobre un total de 531.381 votos escrutados, otorgó un total de 318.381 preferencias por el *no* y 189.813 por la opción *sí*."

La Epoca, 6 de octubre de 1988, Santiago de Chile.